

LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA

LECTURA MÓDULO 1

ANTOLOGÍA DE LEYENDAS MEDIEVALES

1. HÉRCULES Y SU TORRE



En el tiempo en que marcó con sus columnas la entrada al mar que luego se llamaría Mediterráneo, Hércules, siempre vestido con la piel del fabuloso león de Nemea y usando una maza a manera de bastón, recorrió las tierras de la Península, fundó ciudades como Zaragoza, Teruel, Barcelona o Urgel y guardó sus tesoros en Toledo. Como ya era conocido por el gran número de hechos asombrosos llevados a cabo desde su niñez, todas las gentes le mostraban respeto y lo acogían con hospitalidad. Pero, al final, Hércules hubo de regresar a su propio país.

Mucho tiempo después, unos emisarios de los pueblos de la lejana Península occidental llegaron a visitar a Hércules. Ante sus rostros inclinados, Hércules les pidió que le comunicasen el motivo de su visita y ellos le contaron con pesadumbre que había llegado a sus tierras un gigante que estaba abusando cruelmente de las gentes, robándoles sus caballos y ganados y expropiando sus graneros, sometiéndolos a esclavitud y con la pretensión de hacerse rey. En nombre de los pueblos de la Península, aquellos hombres de sayos pardos y cabezas cubiertas con caperuzas acudían ante Hércules para solicitar la ayuda con la que liberarse de la tiranía de aquel gigante y de sus feroces ejércitos.

Conmovido por sus palabras, Hércules regresó con ellos a la Península occidental donde descubrió que el gigante tirano y maléfico era Gerión, famoso por su fuerza. Hércules siguió el rastro de Gerión y de sus tropas, señalado por los incendios, los robos y los abusos, y al final encontró a los invasores en las verdes y neblinosas tierras del noroeste, cerca del extremo final del mundo, el *finis terrae*, donde, al atardecer, el sol se sumerge en las aguas del inmenso océano.

Animados por la llegada del mítico héroe y deseosos de enfrentarse al gigante Gerión y a sus partidarios, iban acompañando a Hércules muchos guerreros de los países de la Península. Tras comprobar que el gigante y su ejército no abandonarían por voluntad propia las tierras que injustamente ocupaban, Hércules quiso evitar el enfrentamiento de los dos ejércitos que, sin duda, iba a ocasionar una gran mortandad entre sus amigos. Entonces, decidió retar a Gerión a un combate singular. Gerión era mucho más corpulento que Hércules y no vio peligro alguno en aceptar el reto, al contrario, le pareció ventajoso. Antes de entablar el combate, los contendientes acordaron que toda la tierra de la Península pasaría a pertenecer a aquel que venciese.

Al alba comenzó la lucha y durante tres días y dos noches, sin descanso ni tregua, Gerión y Hércules se enzarzaron en la terrible pelea. Los golpes y caídas hacían retemblar las rocas de la orilla del mar, y sus ecos, como truenos en una tormenta seca, llegaban hasta los confines de la Península occidental. Ninguno de los dos combatientes, cubiertos con más y más sangre a causa

de las heridas recibidas, parecía capaz de derrotar al otro, pero, a pesar de ello, en ningún momento disminuían la fuerza y el arrojo con los que Hércules y Gerión se acometían. Sin embargo, al atardecer de la tercera jornada, sucedió un hecho inesperado: un mal paso hizo resbalar a Gerión, que cayó boca abajo. Hércules, entonces, aprovechó el momento para golpearle con la maza en la nuca, con un golpe certero y brutal, de tal manera que el cruel gigante quedó muerto.

Hércules quiso conmemorar su victoria en el combate con un monumento adecuado a la grandeza del suceso: cortó la monstruosa cabeza de Gerión, en cuyo rostro se conservaba su gesto de desesperación al sentirse vencido, abrió con sus poderosas manos un hoyo entre las rocas de la orilla, enterró allí el cráneo y ordenó que sobre él se construyese una torre muy grande y, alrededor, una ciudad que realzase la importancia de la torre. Esta torre, conocida como “La torre de Hércules”, se mantuvo desde entonces como lo que es, un faro coruñés que, con su luz, ayuda a orientarse en la noche a todos los navegantes de la historia.

2. DON RODRIGO Y LA PÉRDIDA DE ESPAÑA

Se dice que Hércules fue el fundador de la ciudad de Toledo, pero ningún documento escrito ha sido capaz de probarlo. Lo que parece cierto, o al menos así se pensó durante muchos siglos, es que en Toledo guardó Hércules sus tesoros, escogiendo para ello una enorme cueva situada bajo el cauce del río Tajo.

Para proteger la entrada de la cueva, cuenta la leyenda que Hércules construyó sobre ella un torreón con unas fortísimas puertas aseguradas por una enorme cerradura. Sobre la puerta hizo que se grabase una inscripción que advertía de los peligros de entrar en el torreón y cuyo texto no se conoce con exactitud, pero bien podría haber sido el siguiente: “Rey, abrirás estas puertas para tu mal”.

Hasta la llegada al trono de España de don Rodrigo, ningún rey se había atrevido a abrir la puerta del torreón para desvelar sus misterios. Al contrario, cuando un nuevo rey accedía al trono, ordenaba colocar una cerradura más en las viejas puertas y el momento en que el herrero real añadía una nueva cerradura a las ya fijadas, convertido en acto solemne, llegó a ser uno de los ritos de la ceremonia de coronación. Por si fuera poco, una guardia permanente vigilaba aquella entrada para protegerla de cualquier allanamiento.

Durante toda su niñez, los secretos de aquel torreón habían mantenido encendida la curiosidad de don Rodrigo, así que, cuando fue proclamado rey, se propuso utilizar su autoridad real para desvelarlos. En el acto ritual en que debía añadirse una cerradura a las que habían ido haciendo más hermético el cerramiento originario, don Rodrigo ordenó a su herrero que, en lugar de colocarla, descerrajase todas las que había, un total de veinticuatro.

La orden escandalizó a sus consejeros, pues significaba despreciar la grave advertencia que ninguno de los reyes anteriores había dejado de respetar. Sin embargo, don Rodrigo, el que sería el último rey visigodo de España, consideraba la inscripción como un espantajo destinado a amedrentar a los cobardes y miedosos.

Romper todos aquellos cierres fue muy trabajoso. Al fin se consiguió y las puertas se abrieron con un enorme chirrido, empujadas por el esfuerzo de muchos hombres. Con sorpresa, descubrieron que en el interior del torreón solamente había un arca, pero esta no guardaba tesoros, como esperaban, sino un lienzo muy fino, cuidadosamente doblado.

Don Rodrigo ordenó que aquel lienzo fuese desplegado y, cuando así se hizo, el lienzo ocupaba el suelo de una estancia entera. No había en el lienzo otra cosa que pinturas de vivos colores en las que se representaba un nutrido ejército que, avanzando desde la derecha del lienzo, estaba formado por guerreros a caballo, vestidos con los ropajes propios de los pueblos de la otra orilla del mar. A la izquierda del lienzo, se veía una fortaleza arrasada y envuelta en llamas, y figuras vestidas con sayales, que parecían huir. Al pie de la fortaleza había muchos guerreros cristianos muertos, armas tiradas, espadas y lanzas quebradas, escudos partidos. En el centro, bien visibles, abatidos y rotos, los guiones y las banderas del ejército de don Rodrigo, el blasón de su escudo de armas y la bandera y el blasón del propio reino de España. Aquella representación hablaba tan a las claras de una derrota de los ejércitos cristianos frente a los árabes que don Rodrigo ordenó a los presentes retirarse, no sin antes imponer a todos el juramento de nunca revelar lo sucedido en el interior del torreón.

Los problemas del reinado que iniciaba hicieron que don Rodrigo olvidase pronto aquellas imágenes de malos augurios. No mucho tiempo después, convocó una reunión de sus gobernadores para tratar asuntos que concernían a todo el reino. Entre los asistentes estaba el conde don Julián, gobernador de Ceuta, que había viajado hasta Toledo acompañado de los miembros de su familia, y entre ellos su hija Florinda, una doncella muy hermosa. Era el estío y Florinda acostumbraba a ir a bañarse cada atardecida a un pequeño soto del río Tajo, acompañada de sus siervas. El destino hizo que el lugar escogido por Florinda estuviera cercano a un torreón donde el rey Rodrigo solía retirarse algunas horas.



Una tarde, las risas de las muchachas que disfrutaban del baño llamaron la atención del rey que, sorprendido, descubrió la belleza de Florinda desnuda y ya no pudo pensar en otra cosa. Todo lo que hasta entonces era sustancia de su vida, el gusto de la caza, sus devociones religiosas, su esposa, las graves intrigas que amenazaban la gobernación del reino, perdieron para él todo interés.

Sus consejeros, tratando de que Rodrigo recuperase el sosiego, propiciaron un encuentro entre la doncella y el rey, procurando que tanto las servidoras de Florinda como los asistentes y pajes de don Rodrigo estuviesen ausentes. Hay quien asegura que el rey Rodrigo no pudo aplacar sus deseos y que en la primera entrevista violó a la hermosa doncella. Otros dicen que desde el primer momento surgió entre ellos una fortísima atracción amorosa y que Florinda se entregó con gusto a don Rodrigo. Fuese como fuese el inicio de su relación, lo cierto es que don Rodrigo y Florinda tuvieron amores más que apasionados. Estos amores no se mantuvieron lo suficientemente secretos y, al fin, su noticia llegó a oídos del conde don Julián, que consideró a su hija deshonrada por el rey y a este un infame seductor.

Cuando el conde don Julián regresó a Ceuta, no solo no se aplacó su furor, sino que la distancia de la corte toledana le hizo ver aún más afrentosa su situación. Este fue el motivo por el que el conde acabó pactando con el general Tariq ben Ziyab y su señor, Muza ben Nusayr, la conquista de la Península por parte de los ejércitos árabes. Corría el año 711 de nuestra era cuando, en la batalla de Guadalete, las tropas visigodas fueron derrotadas por los invasores del norte de África. Además de su reino, el rey Rodrigo perdió todas sus riquezas y, entre ellas, la famosa mesa de jaspe de Suleymán, o Salomón, que todavía se sigue buscando en la ciudad de Toledo.

Después de la derrota, el rey Rodrigo desapareció y solo se encontraron en el campo de batalla su caballo, su corona, su ropa y sus zapatos. Luego se sabría que, descalzo y vestido con un simple sayal, buscó el perdón por sus pecados aceptando una penitencia terrible, vivir hasta el fin de sus días en la misma tumba que debía acoger su cuerpo tras su muerte, pero en compañía de una culebra que no dejaba de torturarlo.

Del conde don Julián se sabe que, arrepentido por haber sido el responsable de la destrucción del reino de España, huyó de los árabes para reunir sus riquezas, acaso con la intención de organizar algún modo de resistencia. Como los árabes lo perseguían muy de cerca, y para que sus tesoros no cayesen en manos de quienes le iban a la zaga, hizo arrojarlos a la laguna de Taravilla, en cuyo fondo dicen que deben encontrarse todavía. Luego, consiguió escapar al norte, pero los árabes lo capturaron en las tierras aragonesas próximas a Loarre, lo maltrataron hasta matarlo y lo enterraron fuera de tierra sagrada.

Florinda, a quien los árabes denominaron "la Cava", es decir, la barragana, murió ahogada por su propia voluntad en el río Tajo, allí donde sus baños habían despertado los deseos del rey Rodrigo. El lugar, cercano al actual puente de San Martín y a las ruinas de un antiguo torreón, es conocido en Toledo como el "Baño de la Cava". Muchos toledanos y visitantes aseguran haber visto, vagando por las orillas del río o entre sus aguas, su desesperado y gimiente espectro.

Otros narradores aseguran que de los amores de Florinda y de don Rodrigo nació un hijo que, tras la muerte de sus padres, se criaría en Trujillo, en el castillo de Torrejón el Rubio, una posesión de su abuelo, el conde don Julián, pero no se sabe a ciencia cierta. Eso sí, en esta población de Cáceres, el nombre de una de sus calles, la "Calleja de la Cava", sigue conservando la memoria de la existencia, real o legendaria, de la Cava Florinda.

Sobre la cueva de Hércules, donde comenzó esta historia, el cardenal Silíceo nos dejó escrito que, a mediados del siglo XVI, él mismo ordenó la realización de unas excavaciones arqueológicas en ese lugar, con el objetivo de encontrar, por fin, los tesoros que el mítico héroe depositó allí tantos siglos atrás. Pero sabemos que fracasaron en su intento: tras hallar muchas osamentas humanas y enormes estatuas de bronce, una corriente de agua les impidió continuar su búsqueda,

así que los tesoros de Hércules, sin duda, siguen descansando bajo los cimientos de la ciudad de Toledo. Si alguno de nuestros lectores quiere seguir la estela del famoso cardenal, puede dirigirse a la actual plaza de San Ginés, en el corazón del Casco Histórico, donde, según la tradición, se construyó una iglesia sobre la cueva de Hércules cuyos restos aún se conservan y que sustituyó al antiguo torreón.

3. LA PRINCESA GALIANA

Cuando el príncipe francés Carlos llegó a Toledo al frente de una misión diplomática, quiso satisfacer su curiosidad por conocer a la princesa Galiana, hija de Galafre, el rey árabe de Toledo, famosa en todo Oriente y Occidente por su belleza e inteligencia.



El encuentro, sin embargo, parecía improbable pues el retiro de las doncellas era aún más estricto en la costumbre árabe que en la cristiana, y porque la joven princesa estaba, al parecer, preparando sus inminentes esponsales con el poderoso gobernador de Guadalajara, Aben Zaide. Carlos era joven y atrevido, de manera que procuró que su gente consiguiese información precisa sobre el lugar en que vivía la princesa.

Era el comienzo del verano y Carlos fue conocedor de que Galiana no se encontraba en su palacio de la ciudad, situado en el mismo lugar donde se alza en la actualidad el Museo de Santa Cruz, sino en una quinta de las afueras, rodeada de jardines y estanques. También llegó a sus oídos que, cuando atardecía, la princesa Galiana gustaba de tocar música, cantar y escuchar canciones, además de charlar con sus damas. Y Carlos se propuso entrar secretamente en aquel lugar y contemplar de cerca a la princesa cuyas gracias y virtudes andaban en lengua de juglares, de trovadores y de gentes del común.

La casa de campo de la princesa Galiana estaba fuertemente custodiada, pero esto no amedrentó al intrépido caballero pues consiguió esquivar la guardia y acceder a los jardines donde esperaba encontrarse con la princesa. Todos los narradores de esta historia coinciden en que Carlos tuvo suerte aquella misma noche: la princesa Galiana estaba acompañada solo por una dama que debía de ser una cautiva cristiana, ya que la princesa y ella hablaban en lengua romance. Así fue como Carlos, deslumbrado por la belleza de Galiana y atraído por la melodía de su voz, pudo entender toda la conversación que mantuvieron entre ambas.

Por una razón que Carlos conoció pronto, la princesa estaba triste y su dama de compañía intentaba alegrar aquel ánimo decaído. ¿Por qué la princesa Galiana estaba tan melancólica cuando faltaban escasas jornadas para la llegada de Aben Zaide, apuesto, rico y valeroso en el combate, con el propósito de pedir su mano? Ante la insistencia de la dama, la princesa acabó respondiendo que preferiría que su pretendiente fuese menos aficionado a la caza y más al paseo por los jardines; menos dado a los enfrentamientos armados y más a los juegos de escaques y a escuchar a poetas y músicos; menos acérrimo jinete y más fino conversador.

Al final, la princesa confesó a la dama, que escuchaba atónita sus palabras, que la causa de su tristeza estaba, precisamente, en el poco afecto amoroso que sentía hacia Aben Zaide, y que si había accedido a aquellos esponsales con él era por obediencia a su buen padre el rey. Sin

embargo, el retiro de aquellos días le había permitido reflexionar y estaba dispuesta a deshacer lo pactado, pues todavía no se había convertido en compromiso formal.

Cuentan que Carlos, aprovechando el momento en que la princesa Galiana quedó sola, se presentó ante ella, y que fue tan respetuoso y delicado en sus palabras y en su actitud que se hizo perdonar su entrada inesperada, pero también el oculto acecho que le había permitido conocer el secreto mejor guardado de la princesa. Parece que los encuentros entre ambos se repitieron y que la princesa Galiana quedó tan prendada del príncipe Carlos como él de ella, así que, cuando llegó de Guadalajara Aben Zaide para pedir a Galiana como esposa, el rey Galafre ya había recibido la misma petición por parte del príncipe francés.

El asunto era muy delicado y el rey reunió a sus más íntimos consejeros para resolverlo. Estos indicaron al rey que fuesen los propios pretendientes de la princesa Galiana quienes resolviesen la cuestión en un combate singular, como caballeros probados. Aben Zaide y Carlos dieron su conformidad, se convocó el torneo, se levantó el palenque y los dos pretendientes se enfrentaron con sus armas. Al final, la fuerza de Aben Zaide quedó derrotada ante la destreza de Carlos.

El príncipe cristiano francés regresó a su país con la princesa árabe española y, al poco tiempo, se casaron. Se dice que Galiana fue la mejor de las ocho esposas que Carlos tuvo, y que los consejos y advertencias de Galiana fueron tan útiles para su marido que este consiguió llegar a ser coronado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico con el nombre de Carlomagno.

4. AMRÚ Y LA NOCHE TOLEDANA

A comienzos del siglo IX, el califa Al Hakam designó como gobernador de Toledo a Yussuf, joven presumido e inexperto que, con sus abusos, consiguió despertar en poco tiempo la antipatía de todas las gentes de la ciudad, hartas del injusto y caprichoso gobernador. Hasta tal extremo llegó el descontento que los nobles toledanos acordaron detener a Yussuf, hombre por otra parte cobarde, y conducirlo hasta Al Hakam con la súplica de que lo relevase del mando y nombrase otro gobernador. Al Hakam accedió a lo que aquellos nobles le pedían y designó como nuevo gobernador al padre de Yussuf, un destacado general de su ejército llamado Amrú.

Amrú consideró una humillación insoportable el trato recibido por su hijo en Toledo, pero supo ocultar su odio mientras su mente maquinaba cómo vengarse de los nobles que habían depuesto a su hijo y, al mismo tiempo que trataba de ganarse su confianza, esperaba en secreto y pacientemente la ocasión más favorable para llevar a cabo su venganza.

Y ese momento llegó por fin cuando Abderramán, hijo y heredero de Al Hakam, visitó Toledo acompañado de numeroso séquito. El gobernador Amrú no solo alojó a Abderramán en las mejores estancias del alcázar, iluminado y ricamente ornamentado para la ocasión, sino que preparó una gran cena en honor del califa a la que deberían asistir las personas más notables de la ciudad.

Al atardecer fueron llegando al alcázar los invitados al banquete de honor. Aunque todos eran recibidos con grandes muestras de cortesía, una vez cruzadas las puertas, no todos tenían el mismo destino: unos, los que se habían mantenido fieles a Jussuf, eran conducidos hasta la sala del banquete; otros, los nobles de Toledo que habían logrado deponerlo, eran llevados disimuladamente hasta los sótanos del alcázar donde se los degollaba de inmediato. Nadie se dio cuenta de lo que

estaba sucediendo bajo sus pies. A la mañana del día siguiente, Amrú ordenó que, ante los muros del alcázar, se mostrasen las cuatrocientas cabezas decapitadas durante la noche anterior. Los juglares de esta historia cuentan que el califa Abderramán, impresionado por el brutal suceso y por la visión de los cuatro centenares de cabezas colgantes, comenzó a padecer un involuntario parpadeo que conservó durante toda su vida.



5. EL REY DE LA MANO HORADADA



El rey leonés Alfonso, aquel que con el tiempo sería sexto de su nombre, huyendo de su hermano Sancho de Castilla, impulsor de guerras fratricidas, se acogió a la protección del rey de Toledo, Al Mamún, también conocido como Almenón. Una tarde de caluroso verano, se encontraba Al Mamún en el jardín de su quinta charlando en confianza con los caballeros de su corte, sin acordarse de que, oculto por unos matorrales cercanos, descansaba su noble invitado cristiano don Alfonso.

El rey árabe y sus caballeros, dejando de lado otros asuntos del gobierno de la ciudad, comenzaron a intercambiar impresiones sobre el estado de las defensas de la ciudad y sus puntos más débiles, así como sobre los posibles planes de asedio que sus enemigos pudieran poner en práctica para doblegar sus hasta ahora inexpugnables murallas.

En ese momento, uno de los caballeros árabes, girando su cabeza, se alarmó ante la cercanía del destronado rey cristiano, pues durante su conversación se habían revelado importantes secretos militares sobre la ciudad. Aunque Alfonso parecía que, profundamente dormido, no había escuchado nada de lo hablado, Al Mamún, muy prudentemente, decidió probar una treta para comprobar si en realidad Alfonso dormía o no: ordenó a sus criados que le trajeran plomo fundido para echarlo en una mano del cristiano.

Así lo hicieron y Alfonso, que en verdad no dormía, continuó con su fingimiento mientras se realizaban todos los preparativos y únicamente mostró el sobresalto del despertar cuando sintió que el plomo le abrasaba la mano, con lo que el rey Al Mamún quedó totalmente convencido de lo profundo de su sueño y de que sus secretos habían quedado salvaguardados. Don Alfonso, pues, se libró de ser acusado de traición y de deslealtad para con el generoso rey que lo había acogido; no obstante, el doloroso suceso produjo en don Alfonso un singular efecto y fue que, a partir de

aquella tarde, se le erizaban los cabellos cada vez que estaba en presencia de Al Mamún. Sorprendido, el rey árabe consultó con sus agoreros qué significado podía tener aquello, a lo que estos respondieron que, sin duda, se trataba de una señal infausta que anunciaba futuras desgracias para el reino. Así pues, hubo consejeros que exhortaron al rey para que eliminara al cristiano, a lo que Al Mamún no accedió.

Mientras tanto, Sancho de Castilla continuaba con la guerra contra sus hermanos a los que, poco a poco, fue conquistando sus reinos, herencia de su padre don Fernando: Galicia a García, Toro a Elvira, y estaba cercando Zamora, que resistía por decisión de la valiente Urraca. Durante aquel sitio, en el que también participó el castellano don Rodrigo Díaz de Vivar, recibió Sancho la muerte a manos de Bellido Dolfos, a quien se califica de vil traidor en el romancero, pero también de noble justiciero, según sus simpatías sean castellanas o leonesas.

La noticia de la muerte de Sancho y la proclamación de Alfonso como rey de León y ahora también de Castilla, llegó hasta Toledo a través de mensajeros secretos que aconsejaron a don Alfonso escapar antes de que Al Mamún lo supiese y de esta manera evitar que intentase convertir su hospitalidad en un cautiverio por el que cobrar un costoso rescate. Pero don Alfonso no quiso oír tales consejos y acudió de inmediato a ver al rey árabe, a quien informó en persona de aquellas nuevas.



Y cuentan los cronistas de esta verdadera historia que el rey Al Mamún abrazó con mucho afecto a don Alfonso y que le respondió que también él conocía aquella noticia, y que si el cristiano hubiera intentado huir en secreto y sin despedirse de él, por considerarlo su enemigo desde su proclamación como rey, habría ordenado su prisión y acaso su muerte.

Don Alfonso y Al Mamún quedaron muy amigos, hasta el punto de que actuaron como aliados en las guerras contra otros reyes árabes, como el de Murcia, y en las conquistas de Córdoba y Sevilla. Y solamente después de que Al Mamún hubo fallecido y sus descendientes perdieron el reino, don Alfonso decidió asediar y conquistar Toledo, siguiendo las tácticas que había aprendido mientras se hacía el dormido en aquel jardín, la tarde en que, en verdad, fue el rey de la mano horadada.



6. DON ALFONSO VI Y DOÑA ZAIDA

Cuando el leonés Alfonso VI, que ya había enviudado cinco veces, conquistó Toledo, recibió un mensaje de doña Zaida, hija del rey de Sevilla Al Mutamid, señora de Cuenca, Ocaña, Uclés y Consuegra. Los narradores de la leyenda dicen que esta dama era una doncella de gran hermosura y de mucha sabiduría y virtud. Doña Zaida se había enamorado del rey Alfonso solo con escuchar los relatos de su apostura, caballerosidad y condiciones de invencible guerrero, y ardientemente quería conocerlo. El rey, que también había oído hablar de las cualidades de la princesa mora, acudió a su cita con ella acompañado de un grupo de caballeros de confianza, escogidos para defender a don Alfonso de cualquier posible traición.

Parece que en aquel primer encuentro uno y otro quedaron muy satisfechos, así que concertaron nuevas citas y, finalmente, decidieron casarse. Don Alfonso puso como condición que la princesa se bautizase en la fe cristiana y ella la cumplió, escogiendo el nombre de María. A partir de entonces, el rey Alfonso entró en muy buenas relaciones con el rey de Sevilla, Al Mutamid, convertido en su suegro, quien aconsejó a don Alfonso que, para controlar mejor a los demás árabes de la Península y obligarlos a tributar, llamase en su ayuda a los nobles guerreros almorávides del norte de África que tenían por caudillo a Yussuf ben Tachufin, llamado el Miramamolín. Así lo hizo don Alfonso, pero, cuando los almorávides llegaron a España, los nobles árabes que estaban descontentos de los amores y la boda de doña Zaida con don Alfonso y, sobre todo, de la conversión de aquella a la fe cristiana, intrigaron hasta conseguir que los almorávides se uniesen a ellos para enfrentarse a don Alfonso y al propio Al Mutamid. En un lance de batalla, el rey de Sevilla murió a manos de un guerrero almorávide, Abd Allah, lo que causó gran dolor al rey cristiano y también a doña Zaida, su hija.

Don Alfonso, deseando vengar la muerte de su suegro, atacó con ferocidad a los almorávides y logró capturar a Abd Allah y a otros muchos nobles a los que dio cruel muerte a la vista de todo el ejército árabe enemigo. Vencidos, no tuvieron más remedio que pedir la paz y entregar al vencedor don Alfonso muchas riquezas. El Miramamolín regresó entonces a Marruecos con los suyos y no se atrevió a regresar a España mientras duró el reinado de don Alfonso VI.

7. BAJADA DEL POZO AMARGO. TOLEDO



Entre la población judía de Toledo había un hombre rico y piadoso, viudo y padre de una muchacha muy hermosa y obediente. Josef, que así se llamaba, tenía miedo de los peligros que podían acechar a su hija y apenas permitía a esta salir de casa. Al contrario de lo que cabría esperar, a ella no le molestaba estar recluida y permanecía en sus aposentos durante horas, entretenida en tocar música, bordar, leer la palabra sagrada o asomarse a la ventana para curiosear.

Su hermosura y la riqueza de su padre habían despertado el interés de varios pretendientes hebreos que querían contraer matrimonio con ella, pero la joven no mostró inclinación por ninguno. Sin embargo, un día vio cruzar ante su ventana a un joven con atuendo cristiano que llamó su atención, y como el paso de aquel joven se repitió, empezó a esperarlo con impaciencia. Dicen que, a partir de entonces, la joven ya no quiso estar encerrada en casa tantas y tantas horas y que logró de su padre permiso para salir, acompañada, eso sí, de una señora de confianza.

Según cuentan, en aquellos paseos la muchacha y el joven cristiano se encontraron y él, de la misma forma que ella, se sintió muy atraído por la hermosa judía. Las miradas amorosas pero mudas de los primeros paseos pasaron a convertirse en palabras, cada vez más dulces y entregadas, y el joven cristiano consiguió convencer a la muchacha para que acudiese a una cita.

El lugar acordado fue un pozo que se encontraba en una callejuela cercana a la casa de la joven y el momento, la noche cerrada. De manera secreta, ambos se siguieron viendo en aquel lugar y entre ellos nació un amor apasionado. No obstante, las salidas nocturnas de la joven fueron descubiertas por uno de los pretendientes rechazados, quien, en venganza, informó al padre de la joven. Josef se sintió muy avergonzado por la noticia de la falta de pudor de su hija y de su enredo en unos amores que no podían conducir al matrimonio.

Esa misma noche el padre de la muchacha esperó despierto hasta comprobar que su hija se levantaba de la cama con todo sigilo y que abandonaba la casa familiar. Entonces cogió una daga y siguió a su hija, que se dirigía a la callejuela del pozo. Cuando vio con sus propios ojos que, en efecto, el joven cristiano la estaba esperando y la abrazaba, sintió tanta furia que, abalanzándose sobre los amantes, hundió la hoja de su daga en el corazón del hombre y, a continuación, ajeno al amor y a la misericordia, arrastró a su hija, que lloraba a gritos, hasta el interior de su casa.

Como consecuencia de la muerte de su amante a manos de su padre, la muchacha perdió la razón y también las ganas de vivir, y aunque Josef cuidaba de ella muy amorosamente y nunca la perdía de vista, un día, en un descuido, la joven hebrea consiguió escapar de la casa de su padre, bajar hasta el lugar de sus citas con su enamorado muerto y tirarse al pozo, donde murió ahogada en la profundidad de sus aguas. Desde entonces ya han pasado muchos siglos, pero este pozo toledano, triste protagonista de tan luctuoso suceso, sigue dando nombre y calificativo a una conocida calle del Casco Histórico de la ciudad.

Las leyendas incluidas en esta antología son una selección y adaptación procedente de la obra *Leyendas españolas de todos los tiempos. Una memoria soñada* de José María Merino, editorial Temas de Hoy, 2ª edición, año 2000